

RESEÑAS DE LIBROS

BOOKS REVIEWS

ZUMÁRRAGA, Verónica

El jornalero de la pluma: los artículos de Azorín en La Prensa

Alicante: Publicaciones de la Universidad de Alicante, 2011; 274 pp.

Aunque no suele ser lo habitual cuando hablamos de escritores que emigraron a Madrid procedentes de la periferia española ("de provincias", en el argot de la época) durante las primeras décadas del siglo XX para forjarse un nombre y una carrera literaria, existen excepciones que confirman aquella regla que dice que nadie es profeta en su tierra. Un ejemplo magnífico de puesta en valor de la obra de uno de estos autores que pasaron buena parte de su vida en la capital lo constituye el trabajo de recuperación de la obra de José Martínez Ruiz realizado fundamentalmente desde dos instancias ocupadas desde hace años en conservar, estudiar y difundir la vasta obra del escritor alicantino: por un lado, la Casa-Museo Azorín, sita en el Monóvar natal del autor; y, por otro lado, la Universidad de Alicante y su prestigioso servicio de publicaciones. La labor de la Casa-Museo está fuera de toda duda, no solo en lo que se refiere a la conservación del patrimonio azoriniano, sino también a la difusión de la obra del autor de *La voluntad*, a través fundamentalmente de la revista *Anales azorinianos* y de otras publicaciones. Con respecto a la labor de la Universidad de Alicante, del Departamento de Filología Española (Área de Literatura Española) han partido algunas de las iniciativas recientes que más han contribuido

a devolver a Azorín al primer plano de la actualidad, la más importante y llamativa de las cuales ha sido la organización de un Congreso Internacional en torno a la figura del escritor monoverense que ya cuenta con dos ediciones (2008 y 2010).

Precisamente de la Universidad de Alicante, donde ejercen la docencia especialistas en la obra azoriniana como los profesores Enrique Rubio Cremades, Ángel Luis Prieto de Paula y, sobre todo, Miguel Ángel Lozano Marco, procede el último fruto de esta labor investigadora dedicada a examinar los aspectos más notables de la obra azoriniana o –como sucede en el caso del libro que me ocupa– a rescatar y descubrir otros menos conocidos para el público lector español. *El jornalero de la pluma: los artículos de Azorín en "La Prensa"* es una monografía recientemente editada por Publicaciones de la Universidad de Alicante que recoge parte de la tesis doctoral –dirigida por el profesor Lozano Marco– de la investigadora argentina de la Fundación Ortega y Gasset, Verónica Zumárraga, en la que se aborda un aspecto de la obra periodística de Azorín que no había sido estudiado hasta ahora: sus treinta y cinco años de colaboración en el prestigioso e influyente periódico *La Prensa* de Buenos Aires.

Estructurada en nueve capítulos, más una introducción de la autora y un prólogo de Francisco A. Marcos Marín (Universidad de Texas, San Antonio), la monografía de Verónica Zumárraga aúna de forma ponderada el rigor científico con la capacidad de síntesis y la erudición inevitable en toda investigación de estas características con la sencillez expositiva, de tal forma que el resultado es un trabajo ameno e informado, perfecto para una primera aproximación a esta faceta de Azorín como articulista en la prensa argentina.

El primero de estos capítulos lo dedica Zumárraga a contextualizar la historia y la evolución del diario *La Prensa*, fundado en 1869 por el abogado argentino José Clemente Paz con la intención de convertirlo en el periódico llamado a liderar el sector de la información escrita en la Argentina bajo los principios de la independencia política y la verdad informativa, y con el ánimo inequívoco –y diferencial con respecto al resto de la prensa latinoamericana– de "ocuparse desde el principio del continente europeo, en particular de Francia, España e Italia". En este sentido, nos orienta la autora, *La Prensa* debe ser visto como un diario "intercontinental", pensado especialmente para los inmigrantes europeos que veían

en él lo más parecido a un periódico europeo, especialmente por sus contenidos (el periódico se permitió un despliegue de corresponsales europeos inusual para la época), que mostraron desde el principio una especial predilección por España y por su cultura. Sin entrar en aspectos técnicos de su formato, que ayudarían a conocer la magnitud de este medio, nos podemos hacer una idea de la importancia alcanzada por esta publicación repasando la nómina de colaboradores y corresponsales que tuvo el periódico a lo largo de la primera mitad del siglo XX (la época en la que escribe Azorín), en la que no faltan nombres de la talla de Jorge Luis Borges, Albert Einstein, Benedetto Croce, Ortega y Gasset, Ramón Pérez de Ayala, Ramiro de Maeztu, Américo Castro o Valle-Inclán, entre otros.

A esta lista de nombres ilustres se unirá Azorín en 1916 cuando por mediación del escritor y periodista Francisco Grandmontagne, se incorpora como articulista fijo de *La Prensa*, donde permanecerá como colaborador en España durante treinta y cinco años (de 1916 a 1951), publicando un número de artículos cercano a los mil. De todos ellos, en su tesis doctoral Verónica Zumárraga ha estudiado seiscientos setenta (los pertenecientes a la época que va de 1916 a 1936), la mayoría de los cuales permanecían prácticamente en el olvido y sin haberse publicado de nuevo, como si ha sucedido con muchos textos de Azorín aparecidos en la prensa española que luego sí han sido reeditados en formato libro. Como explica la autora, se trata de una relación longeva y que presenta alguna que otra peculiaridad, la más curiosa de las cuales sería el hecho de que Azorín jamás viajó a la Argentina (tampoco lo hizo Baroja, que también publicó artículos en la prensa de aquel país, pero sí que lo hicieron Blasco Ibáñez, Ortega y Gasset o Ramiro de Maeztu, que incluso llegar a ser embajador allí). Además de a

la calidad y originalidad indiscutible de sus textos, de sus artículos de opinión y de sus críticas literarias, la dilatada trayectoria de Azorín en la prensa argentina obedece a otras razones, como explica Zumárraga en su investigación. Una de ellas podría ser el hecho de que ese carácter "inactual" que impregna la obra azoriniana encajó a la perfección en la idiosincrasia de un pueblo argentino que si de algo está orgulloso es de su pasado y de esa tradición cultural que la Argentina comparte con España, y que Azorín supo "explotar" valiéndose de su mejor arma: los libros. En efecto, y como apunta la autora, es altamente probable que la recomendaciones de lecturas incluidas en las crónicas porteñas de Azorín contribuyeran a este acercamiento entre España y América. Al recomendar en sus críticas libros mayoritariamente españoles y franceses, concluye Zumárraga, Azorín lograba hacer realidad "el sueño argentino de sentirse europeo"; al tratar a sus lectores argentinos como si fueran europeos, valorando su nivel cultural e intentando elevarlo con sus recomendaciones, como hacía con sus lectores españoles, Azorín se ganaba a un público argentino que veía en el crítico alicantino un guía excepcional para adentrarse en esa exquisita cultura europea que aun estando geográficamente tan lejos, les parecía de esa manera más cercana, más al alcance.

Pero además de este análisis de los motivos que propiciaron esta extensa relación de Azorín en con la prensa argentina, el trabajo de Zumárraga también se ocupa de la forma en la que se dio esta colaboración. Varios capítulos del libro están dedicados al estudio del personal e intransferible estilo azoriniano, del que la autora destaca por encima del resto de características, la oralidad que el escritor supo imprimir a sus textos periodísticos, dotándoles de esa especial capacidad para llegar al lector y para interpelarlo, para hacerlo partícipe

de esa forma de vida que fue para Azorín la lectura. En *El jornalero de la pluma* se estudian de forma pormenorizada y con ejemplos los recursos que dotan a la prosa azoriniana de esa oralidad y esa musicalidad tan características de su autor.

Y a toda esta labor interpretativa, realizada siempre de forma documentada (en el libro son constantes –y siempre oportunas y deliciosas– las citas de Azorín extraídas del corpus analizado por la autora en su investigación), hay que añadir otro aspecto fundamental que hace del libro una herramienta de trabajo imprescindible para el futuro investigador de esta faceta de la producción azoriniana. Me refiero al hecho de que en el libro se incluyen tres listas muy valiosas: dos relaciones más cortas que ordenan todas las colaboraciones de Azorín en las que se reseñan uno o varios libros; y una extensa y completísima lista en la que –a semejanza de la elaborada por E. Inman Fox en su guía de la obra azoriniana– se recogen y ordenan los seiscientos setenta artículos publicados por Azorín en *La Prensa* durante el período 1916-1936. Aunque se trata de listas que ocupan bastantes páginas, su extraordinaria utilidad para el futuro investigador es indiscutible, como podrán garantizar todos los estudiosos de la obra periodística del autor que tienen –tenemos– en la *Guía* de Inman un instrumento de consulta inseparable y fiel que les saca de más de un apuro.

En definitiva, se puede decir que *El jornalero de la pluma* de Verónica Zumárraga es una de las contribuciones más notables y originales al conocimiento de la obra periodística de Azorín de todas las que se han hecho en los últimos años; notable porque se trata de una investigación bien planteada y mejor resuelta, en la que la autora demuestra con creces su conocimiento de la materia y su competencia a la hora de concentrar

en menos de trescientas páginas lo más destacado de su tesis doctoral; y original porque se adentra en un terreno –la proyección de Azorín en la prensa argentina– que, pese a permanecer inexplorado hasta la fecha, ofrece multitud de posibilidades al investigador interesado

que sepa aprovecharlas. *El jornalero de la pluma* es el primer fruto –fruto maduro y trabajado– que ofrece este suelo fértil; esperemos que no sea el último y que futuros trabajos vengan a continuar esta línea y a revelarnos nuevos datos sobre la relación que muchos intelectuales

españoles de la llamada “Edad de Plata” mantuvieron con la Argentina y con otros países latinoamericanos. Estaremos pendientes.

Por **Francisco Fuster García**
Universidad de Valencia

MAYORAL, Marina y MAÑAS, María del Mar (coords.)

Memoria de la Guerra Civil en las escritoras españolas

[Autores: Ángela Ena Bordonada, Marina Mayoral, Dolores Romero López, Manuel Fernández Nieto, María del Mar Mañas Martínez]

Madrid: Sial/Trivium, 2011; 175 pp.

Son abundantes los libros que, sobre la Guerra Civil española, se suelen editar cada año, interesantes, además de por su relativa cercanía en el tiempo y la memoria, por lo que tienen de humano y de ejemplo universal, así como por su virtud activa –quizá– para evitar nuevos conflictos bélicos, al mostrar su verdadero rostro de iniquidad y barbarie. Uno de los grandes olvidados, sin embargo, en esta clase de monografías suelen ser las mujeres. Fruto de la labor de un grupo de investigación de la UCM, constituido en 2004 bajo la dirección de la catedrática y escritora Marina Mayoral, sobre literatura femenina en nuestro país, el volumen *Memoria de la Guerra Civil en las escritoras españolas*, ensayo colectivo publicado por la editorial Sial/Trivium en 2011, coordinado por la propia Mayoral y la profesora María del Mar Mañas, aborda un aspecto, el de la mirada de la mujer sobre la contienda, poco analizado aún –al menos desde la ecuanimidad, obviando las simpatías personales, a que obliga el adecuado ejercicio histórico–, mediante el estudio de diversas escritoras de ambos bandos, el republicano y el de los suble-

vados, y desde etapas y géneros literarios distintos.

Fueron numerosas las escritoras españolas que vivieron la experiencia de la Guerra Civil y dejaron constancia literaria de ella. La de 1936 fue la primera conflagración bélica en la que la mujer española trataría periodística y literariamente un tema que, tradicionalmente, había sido “asunto de hombres”: la literatura de la guerra en su escenario más cruento y oscuro, a la vez que cotidiano. Ya desde comienzos del XX, el ambiente estaba preparado para la plena incorporación de la mujer a la sociedad, no solo en el papel pasivo de receptora/espectadora, a través de su participación activa en el campo de la enseñanza, la política, el arte, la cultura... “¡Qué alegre era aquella tensión dramática de la vida!”, exclamaría María Teresa León –autora analizada por Marina Mayoral– recordando la guerra como un momento de plenitud en su vida. ¿Razones? Su amor por Rafael Alberti, la defensa compartida de un ideal y el gran protagonismo individual asumido entonces –en el exilio no–. La compasión

de María Teresa León no hacía distinciones y en sus memorias predomina la visión humana de la guerra, a diferencia de Alberti donde predominaba la visión política; una de las principales conclusiones que ofrece el presente volumen es que, en general, las escritoras atienden a aspectos y detalles en que sus colegas masculinos no reparaban y resaltan el drama colectivo por encima de la crítica ideológica.

La lucha fratricida tomaría cuerpo, plenamente, en la narrativa de María Teresa León escrita con posterioridad. De 1941 es *Contra viento y marea*, novela donde relata la historia de dos mujeres dentro de la guerra: una, la que espera; la otra, la activa, que se alista en la milicia. La primera, ignorante, no comprende la violencia que hay a su alrededor; la segunda, está dispuesta a participar como cualquier hombre, sin querer verse relegada: lucha contra el enemigo y contra el machismo. Ya de 1959 es *Juego limpio*, de gran carga dramática, cruda e intensa, con importantes notas autobiográficas en las que narra el día a día de un grupo de actores. En realidad, en el período

entre 1936 y 1939 no hubo, como señala Ángela Ena Bordonada, novelas de mujeres sobre la Guerra Civil en el lado republicano; sí en cambio en el bando sublevado (Pilar Millán Astray, Concha Espina...) pero desaparecerán en la subsiguiente posguerra, por consigna oficial. Catedrática de literatura en la UCM, la doctora Ena se encarga de estudiar los testimonios de la contienda escritos en prosa por mujeres contemporáneas y, como ella dice, "desde las dos orillas", como único modo de obtener una visión global, confrontando las dos perspectivas políticas atendiendo a escritoras de ambos bandos.

De su análisis se desprende que, en conjunto, la cotidianeidad ocupa en ellas un lugar primordial: los problemas de subsistencia, el saqueo de las casas, las anécdotas del día a día, las noticias desde el frente de amigos y familiares... Hay, en este sentido, una fuerte carga emocional, tanto en la literatura —confesional o narrativa— escrita durante la guerra, como en la escrita desde el exilio: las obras republicanas, tardías y publicadas fuera de España, van a cargo de Clara Campoamor, Victoria Kent, Matilde de la Torre, María Lejárraga... y algunos casos curiosos, como el de Constanza de la Mora, de familia conservadora —nieta de Antonio Maura— que acabará abrazando con entusiasmo la causa de la República, o el de *Celia en la revolución* (1943, sin publicar hasta 1987), donde Elena Fortún —que tuvo miembros de su familia en ambos bandos— proyecta el drama de la guerra en la mirada adolescente de su célebre personaje, destacando la ausencia de partidismo, la desesperanza en la misma naturaleza humana. Entre las escritoras franquistas, se hallará mucha literatura propagandística —como parece natural—, de tono triunfalista y de ataque a los enemigos, los "rojos"; y de mayor uniformidad frente a la diversidad observada entre las obras de las escritoras republicanas. Su

producción, sin embargo, no abarcará más allá de los primeros años cuarenta, como ya se ha apuntado. También hubo autoras que, sin tomar partido declarado por ninguno de los combatientes, igualmente sufren y mantienen la guerra en su memoria como uno de los mayores dramas de su época: sería el caso, por ejemplo, de Carmen Baroja y sus *Recuerdos de una mujer de la generación del 98*.

Si en la investigación de la doctora Ena se comprueba el gran número de escritoras que trataron la Guerra Civil en sus narraciones y memorias, en el caso de la poesía no hay tanto material, aunque sí muy significativo. Dolores Romero López, profesora titular de la UCM, es la encargada de acercarse a las poetas del 27 y la guerra. Triple desafío (mujeres, poesía, guerra) que ha acotado en siete autoras. Cada una de ellas aporta una respuesta personal al conflicto y, más allá de las ideologías, laten las experiencias vitales y las disyuntivas que habrán de reflejar en sus composiciones, de un hondo patetismo y, en ocasiones, un lenguaje muy duro, "varonil". Encontramos a Pilar de Valderrama y el dolor ante la pérdida del hijo ("Versos a mi hijo", 1943); el exilio interior de Carmen Conde, quien publicaría en 1952 *Mientras los hombres mueren*, escrito durante la guerra y que refleja toda la crueldad de la misma; el amargo destierro de Rosa Chacel y Ernestina de Champourcin, la primera —poeta de formas clásicas, a contracorriente de las vanguardias— autora de un sobrecogedor poema, "En el campo de guerra", y la segunda con alusiones bélicas claras en su obra tardía *Primer exilio* (1978); la poesía de arenga de Concha Méndez ("España", "Renacimiento"), con motivos vanguardistas —a diferencia de Chacel— en sus composiciones; y algún caso menos conocido como el de Ana María Martínez Sagi, reportera de guerra y autora de poemas como "Escuelas bombardeadas" o

"La guerra", incluidos en *Jalones entre la niebla* (1967). En el caso de María Teresa León, su labor fue de editora y recopiladora de romances de guerra (*Romancero de la Guerra Civil*, 1936).

El volumen se complementa con el análisis de dos autoras —a cargo, respectivamente, de Manuel Fernández Nieto y María del Mar Mañas— que vivieron el conflicto durante su infancia: los recuerdos en la etapa de la Dictadura y la huella que dejaría en su obra de posguerra. En primer lugar Ana María Matute, reciente premio Cervantes, en quien el horror bélico, de ambos bandos, está siempre presente en sus narraciones, de un modo constante. Con una perspectiva holística, recogerá la guerra en *Los hijos muertos* (1948), retrato global no partidista, con dualidad de tiempos en su escritura, y en *Luciernagas*, publicada originariamente en 1955, bajo el título *En esta tierra*, severamente mutilada por la censura franquista¹. Su protagonista es una niña estremecida ante el estallido de la guerra, que le hace descubrir realidades hasta entonces desconocidas: el hambre, la muerte, la falta de expectativas, el cainismo, la confrontación... Y el amor, anhelo humano fundamental, que lo salva todo.

Por último, la narrativa de Carmen Martín Gaité no aborda de un modo directo la Guerra Civil, pero sí el mundo gris y sórdido de los años posteriores, sobre todo en *El cuarto de atrás* (1978), obra metaficcional, suerte de memorias escritas en forma novelesca, mezcla de realidad y de ensoñación como forma de huida. Ya en *El balneario*, premio Café Gijón de 1954, partía del sueño de una protagonista, pero la se-

¹ De modo reciente, la editorial Backlist (2010) ha recuperado, con prólogo de Esther Tusquets, la novela original en su totalidad, tal y como la escribió en su día la autora —que revisó personalmente el texto—.

gunda parte alude a la realidad, con mirada microscópica y conciencia enajenada; dos rasgos que José-Carlos Mainer ha adjudicado asimismo a Juan José Alonso Millás, quizá —apunta la profesora Mañas— por la influencia en ambos de Kafka. Gaité no superpone sus opiniones presentes a los recuerdos, enmascarando su verdadera naturaleza bajo la luz de una interpretación posterior, sino que los separa de lo que sentía entonces. Sus recuerdos de la guerra no fueron particularmente duros, pero con los años fue adquiriendo conciencia de la tragedia que supuso la guerra.

Con la publicación de *Memoria de la Guerra Civil en las escritoras españolas*, el grupo de investigación complutense responsable

de su realización ha decidido poner fin a su labor. La imagen de la cubierta simboliza el espíritu de la obra: un corazón, el de España, herido por dos banderas, la republicana y la monárquica, y de cuya sangre brota una rosa ("No la toques ya más / que así es la rosa"). Este ensayo es el primero que analiza el punto de vista de las escritoras españolas de ambos lados de la contienda, y su interés radica en la diferencia que hay entre una visión femenina y una masculina de la guerra y la posguerra: las escritoras se fijaban en detalles en los que los hombres no solían reparar. Contado desde una posición razonada, desde el acopio riguroso de datos y ejemplos, el volumen constituye no obstante, por su tema, una obra enérgica, de

una indudable fuerza emotiva. Solo con la exactitud, la veracidad de los testimonios expuestos, tiene bastante para asegurarse llegar al alma del lector, sobrecogido con las vivencias particulares de un grupo de escritoras, de diversas generaciones, que vivieron la Guerra Civil en su edad adulta o en su infancia, así como la larga dictadura que sucedió a la tragedia. Cabe esperar, como afirman sus coordinadoras, que el presente estudio sirva de aproximación para que otros investigadores se animen a seguir profundizando en la mirada femenina sobre tan fragoso —y aún cercano— asunto.

Por José Miguel González Soriano

Antología de Cuentos Cosmopolitas (1900-1936)

Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2010; 272 pp. (Literatura Breve, 21)

Merece el cuento obras que rescaten los textos de unos años clave en su desarrollo. Con motivo del proyecto bianual 2008-2010 del Grupo de Investigación de la Universidad Complutense UCM 941375 "Temas y géneros de la literatura española en la Edad de Plata (y su proyección)" aparece esta *Antología de cuentos cosmopolitas (1900-1936)*, que reúne cuentos de variada índole. Se recuperan así del olvido unos interesantes textos que dan muestra de la amplia gama que abarca el cuento de inicios de siglo, así como de la importancia que tuvo este género dentro de la renovación literaria de la época.

La edición incluye tres artículos introductorios a cargo de los investigadores Alberto Sánchez Álvarez-Insúa, Ángela Ena Bordonada y José Paulino Ayuso. En

el primero de ellos, "La sociedad española: entre la angustia, el descontento y el vacío de señas de identidad", Alberto Sánchez sitúa los cuentos escogidos dentro del sentir colectivo de esos años, y advierte del interés de examinar los textos, por cuanto fueron alimento de numerosos lectores, como hecho social, en consonancia con la hermenéutica, la estética de la recepción y la teoría de la lectura.

Por su parte, Ángela Ena Bordonada en "El cuento en la Edad de Plata" incide en la expansión que experimenta el cuento y la importancia de esa Edad de Plata dentro de su genealogía. Destaca la autora el papel de la prensa en su difusión, así como en la configuración de un rasgo innovador: la brevedad. Una brevedad que viene marcada

por ese soporte periodístico, y que adapta al cuento a las nuevas formas de vida, esto es, a la experiencia de la urbanidad.

"Estos cuentos cosmopolitas", de José Paulino Ayuso, cierra la introducción reflexionando en torno a ese sentir cosmopolita, que es el hilo temático de la *Antología*. Se entiende aquí el cosmopolitismo en un sentido amplio, y fundamentalmente como una sensibilidad que entraña un síntoma de apertura en la realidad española. Ante una conexión temática que atrae tal pluralidad, las características de los cuentos son consecuentemente diversas, y por ello, Paulino Ayuso esboza una relación con los motivos más recurrentes que pueblan la *Antología*, tales como ambientes y culturas lejanas, personajes con rasgos exóticos, viajes, lugares geográficos que construyen

el imaginario de lo cosmopolita o la presencia de la ciudad como emblema de la modernidad.

Bajo la dirección de José Paulino Ayuso, han trabajado en la labor de selección: Ángela Ena Bordonada, Dolores Romero Sánchez, Alberto Sánchez Álvarez-Insúa, José Paulino Ayuso, Julia María Labrador Ben, Antonio Cruz Casado, Marta Blanco Carpintero y María del Mar Mañas. En ella se han decantado por recuperar autores hoy poco conocidos, pero que disfrutaron de gran notoriedad en su época. La calidad y el cuidado de la edición quedan de manifiesto con la inclusión de una oportuna nota biográfica que precede a los relatos de cada autor.

Los lectores podrán disfrutar de una variada muestra de estilos y conceptos cuentísticos. Sin duda, el lector de hoy quedará prendado por la precisión narrativa de los relatos orientalistas de María de la O Lejárraga, que brilla especialmente en su cuento "Kosima y Kenkô". Podrá apreciar los matices vanguardistas que distancian el lirismo excitado del cuento "Procesión", de

Ernesto Giménez Caballero, de la sobriedad narrativa del vanguardismo de Claudio de la Torre en "Ciudad de Plata", un cuento extraordinario.

Degustará el fuerte sabor de época que impregnan los "radiocuentos" (se trata de unos cuentos radiofónicos extraídos de la revista *Ondas*) y los irónicos humorismos que componen la *Picaresca puritana* de Luis de Oteyza; un humor irónico en torno a la sexualidad presente también en el relato "Fox Hunting", de José Francés y Sánchez Heredero.

De este mismo autor, José Francés y Sánchez Heredero, es el cuento "La sombra de Rodenbach"; narración tremendamente pesimista, pero de admirable concisión y profundidad.

La *Antología* deja también espacio para el relato de aventuras con la inclusión de *De Madrid al Cairo. Novela*, de Prudencio Iglesias Hermida, así como para un cuento de tema esotérico, "La esfera prodigiosa", que capta de inmediato la atención del lector y en el que Luis Valera Delavat da

muestras de una gran destreza en el manejo del género.

Un divertido cuento de Elisabeth Mulder Pierluissi, "Instituto de belleza", pone fin a la *Antología*, mostrando de alguna forma el traspaso que el cosmopolitismo puede sufrir hacia espacios tan cercanos y característicos como un novedoso centro de estética.

En definitiva, esta *Antología de cuentos cosmopolitas (1900-1936)* viene a dignificar un género a menudo maltratado por la historiografía, y rescata la importancia del papel que desempeñó el cuento dentro de unos años fundamentales en la renovación literaria. Al tiempo, la elección temática del sentir cosmopolita, que tanto prodigaron modernistas y vanguardistas, permite insertar a los autores españoles dentro de una tendencia literaria común a todo Occidente. Una línea que, lejos de hallarse agotada, es el núcleo del presente, y que ofrece con estos cuentos de hace casi un siglo, un sentir a medida del lector de hoy.

Por **Andrés Álvarez Touriño**
Universidad Complutense de Madrid

GRACIÁN, B.

Obras completas

Madrid: Cátedra, 2011; 1630 pp.
Edición, introducción y notas de Santos Alonso

El Siglo de Oro, entendido como un período de la historia de la literatura española, suele ser la reunión de las cinco plumas más conocidas y reconocidas. Un quinteto dispar (Cervantes, Quevedo, Góngora, Lope y Calderón), que ha sido ponderado por la calidad de su escritura y por su creación de personajes o estructuras de carácter

universal. En un escalón inferior queda el mercedario Fray Gabriel Téllez.

Este quinteto áureo, sin embargo, merece ver en su propio escalafón (aunque son pocos quienes lo reclaman) a un jesuita que escribió también "para la minoría, siempre". "El terenciano Lope" fue aclamado en vida,

mientras que Cervantes tuvo que ver postergada su suerte literaria. Calderón fue valorado en tierras germánicas y Góngora, sacerdote, fue un espíritu epicúreo más cercano a las ninfas paganas que a la prosa religiosa. El Quevedo chocarrero sepultó, ya desde hace siglos, a su otra mitad: el escritor religioso y singular exégeta bíbli-

co. El quinteto, más allá de denuestos y restauraciones, ha llegado al siglo XXI con sólida fama.

La obra de Gracián, en cambio, es poco conocida. Se escapa a las etiquetas y a las convenciones, pues no tiene el brillo ni el fervor popular de algunos de sus mencionados coetáneos. Pocos han sido los que han penetrado en las entrañas de este jesuita. Entre los muchos estudios, tal vez sólo el del P. Batllori, igualmente jesuita, ha sido capaz de reflejar sus decires y de sus silencios. Quizás hacía falta pensar tocado con el mismo bonete y ceñido con el mismo fajín fuliginoso para aprehender las ideas del sutil Gracián.

Se recogen aquí sus *Obras completas*, no tan voluminosas como las de otros autores. En ellas se encuentran, en efecto, más quintaesencias que fárragos. El lector, a través de este volumen de Cátedra, puede hacerse cargo de la totalidad de una obra que abarca desde el *Oráculo manual* o *El Criticón* hasta su *Comulgatorio* o algunas de sus cartas. Podrá verse que Gracián, sin dejar de ser prolífico, no llegó a los extremos de otros coetáneos suyos y que, en su obra, se encuentran menos altibajos que en las de éstos.

Se puede corroborar a partir de este volumen la honda religiosidad de Gracián, menos dada a las manifestaciones sensibles *ad maiorem Dei gloriam*, que a una visión barroca, desengañada, heraclítica y con-

trarreformista. La familia de este insigne jesuita estaba compuesta por numerosos religiosos y, releyendo la obra, no resulta difícil entender su concepción vital, llena de confianza en un Dios omnipotente y de dudas en torno a la frágil condición humana.

No se encuentra en Gracián el fulgor brillante del retablo dorado, sino la austeridad de la *ratio studiorum*, el blanco y negro de un escenario que, como en *El Criticón*, pese a los grandes viajes inventados, no se sale de las paredes mentales del cenobio jesuítico. En Gracián hay sueño y evasión, mas no carnalidad, pues –por ejemplo– Andrenio y Critilo son poco más que siluetas que se mueven en un mundo irreal, sin apenas atmósfera.

Y es que Gracián no es novelista, sino moralista. Incluso lo es cuando ejerce como maestro consumado en el arte de la retórica. El decorado que Gracián presenta en *El Criticón*, pese a ser una continua danza de ciudades y de personajes es un mero pretexto para comunicar ideas. En sus obras, el insigne jesuita aragonés se muestra conceptual y hermético, amante de los dobles sentidos y detractor de las otras dobleces, pero ante todo moralista e incluso antropólogo.

Algunas de éstas y otras ideas aparecen en el prólogo de la obra, debido a Santos Alonso, que ha hecho una edición muy cuidada y útil para el lector. A nadie se le

escapa que otros curadores han exhibido más erudición e incluso unos pocos han penetrado más en el hondón de Gracián, pero hasta ahora nadie había logrado esta excelente síntesis entre la presentación de la obra y un trabajo de apoyo para que el lector se sintiese confortado, auxiliado, pero no abrumado. Esta edición no va dirigida a los especialistas (pp. 58-59), sino a la decapante clase culta, amante de la lectura, la cual aprecia que las notas no sean prolijas y la ausencia de un meticuloso aparato crítico que impida gozar de los textos de Gracián.

Santos Alonso ha tenido la magnífica idea de concebir un tomo en el que Gracián fuese el auténtico protagonista, y de ofrecer sólo lo que el lector necesitase para adentrarse –quizás por vez primera– por los vericuetos gracianos. Para tal fin son excelentes el “Glosario de léxico y usos gracianos” (pp. 1519-1526) y el “repertorio de nombres propios” (pp. 1527-1593), verdaderamente útiles.

En fin, éste grueso volumen –como diría Gracián– más que tomo es átomo, pues nada sobra y casi nada falta para ser norte, deleite e instrucción del lector. Ya no hay excusas para seguir manteniendo al eximio jesuita en el olvido: este trabajo merece ser celebrado y que los lectores lo honren con fruición.

Por **Rafael Ramis Barceló**
Universitat de les Illes Balears

FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, Víctor M.

Los años del Nilo

Madrid: Alianza, 2011; 256 pp.

La producción editorial en lengua española sobre el África oriental, y más en concreto el Cuerno de África, ha sufrido un notable incremento en los últimos lustros. De entre los títulos más recientes podríamos mencionar el libro dedicado a los Gumuz del oeste de Etiopía por el padre comboniano Juan Gonzalez Nuñez (*Al norte del Nilo Azul. El mundo de los Gumuz, un pueblo marginal de Etiopía*, 2010), la ambiciosa obra de Javier Gozábez y Dulce Cebrián (*Etiopía. Un rostro con tres miradas*, 2007), así como una pequeña joya, recientemente redescubierta, como es el alegato a favor de la Abisinia amenazada por el colonialismo de Mussolini obra del abogado y político republicano Eduardo Ortega y Gasset (*Etiopía: El conflicto italo-abisinio*, 2009). El presente libro se une a este feliz momento editorial y su aparición sin duda será agradecida no solo por los especialistas sino por aquellos que por alguna u otra razón se interesen por estos parajes del continente vecino. Se trata de una obra de fácil lectura y poliédrica, ya que está a caballo entre diferentes géneros, integrando historia y arqueología, apuntes sociopolíticos así como elementos de literatura de viajes.

El autor, Víctor Fernández Martínez, catedrático de Prehistoria en la Universidad Complutense de Madrid, tiene a sus espaldas una extensa carrera docente y de investigación, principalmente en las regiones surcadas por el Nilo Azul en Sudán y Etiopía. Como refleja la obra reseñada, la labor de trabajo de campo del autor es vasta: a finales de los años setenta participó en las primeras excavaciones españolas

en la Nubia sudanesa dirigidas por Martín Almagro y durante tres décadas ha dirigido o codirigido proyectos arqueológicos que abarcan del Mesolítico (Sudán central) a la época moderna (misiones jesuitas del lago Tana, Etiopía) y contemporánea (Benishángul, Etiopía). Es también autor de dos obras de referencia en su campo, los recientemente reeditados *Diccionario de Prehistoria* (junto con Mario Menéndez Fernández y Alfredo Jimeno Martínez, 2011) y *Teoría y método de la arqueología* (2007) y cuenta en su haber con numerosos trabajos exponiendo los resultados de trabajo de campo, destacándose su tesis doctoral *La cultura alto-meroítica del norte de Nubia*, la edición en 2003 de *The Blue Nile Project. Holocene Archaeology in Central Sudan* y numerosas contribuciones en revistas científicas. Se trata pues de un arqueólogo con una producción de una variedad poco común en su campo (su obra incluye además aproximaciones a la etnoarqueología y a la antropología urbana), a quien se puede, asimismo, considerar como un científico comprometido, que ha ahondado en las implicaciones políticas del trabajo académico (véase su obra *Una arqueología crítica*, 2008) y ha impulsado proyectos de desarrollo local, como la fundación (junto con Alfredo González-Ruibal) en 2005 del museo Benishángul-Gumuz en Etiopía occidental. *Los años del Nilo* se presenta pues como la obra que faltaba en una trayectoria y producción de tal alcance. El texto resume tres décadas largas de carrera pero lo hace moviéndose de forma ecléctica, libre, entre memorias, reflexiones sobre la profesión y el entorno local de las excavaciones y usando un

tono divulgativo a menudo carente en los trabajos de su campo.

El libro está dividido en cuatro partes, que corresponden a las cuatro zonas excavadas por el autor en el Sudán (Nubia y Sudán central) y Etiopía (Benishángul-Gumuz y Lago Tana). La obra concluye con un capítulo adicional dedicado a las músicas del Nilo e incluye 52 fotografías. El hilo conductor son los recuerdos que durante décadas de trabajos, viajes y encuentros por las tierras del Nilo se han ido depositando en cuadernos de viaje o en la memoria. Apoyada en un estilo directo, sin circunloquios ni tecnicismos, la narración fluye, de forma efectiva, a través de estas memorias, sin dejar de ser interrumpida a menudo por observaciones echas desde el presente. Durante estas interrupciones, el autor abandona momentáneamente el recorrido por su propio pasado para esclarecerle un detalle al lector, discutir sobre un momento histórico particularmente importante o, simplemente, para reflexionar desde el ahora sobre lo que significa lo vivido.

Es este constante ir y venir, entre el presente y el pasado, entre lo local y lo regional, entre las experiencias de campo del autor y la historia del país o región que lo acoge, donde se halla, creemos, lo más interesante del libro. Ello ocurre además sin que nos veamos abrumados por un sinfín de datos, que el mismo autor, en sus trabajos de corte más científico sí gusta de usar, y –cosa rara en el género de literatura de viajes y en los textos de divulgación sobre el África negra–, sin que el autor construya un mito de su propio viaje. Más que mitos, el libro

transmite mucha cotidianeidad, contando con sinceridad y sentido del humor detalles de lo vivido, del hastío y las tensiones del trabajo de campo a los placeres del atardecer Africano, sin olvidar la constante interacción social a que uno se ve obligado nada más pone pie en África. En todo ello no faltan momentos para la confesión (p. 50) e incluso para felices tientos poéticos (p. 51).

El libro sirve asimismo como vehículo para introducirnos en la fascinante y a menudo dramática historia política de las regiones del alto Nilo. Arropado por un sólido conocimiento de la literatura especializada, la obra nos depara valiosos análisis del pasado colonial del Sudán y Etiopía, regiones azotadas con asiduidad por rebeliones, golpes de estado e invasiones, de la revolución del Mahdí a la "civilizing mission" inglesa, de la ocupación egipciotomana a la brutal colonización "interna" por parte de la Etiopía de Menilek II. La historia más reciente también tiene cabida, con recuerdos de primera mano de las dictaduras que siguieron a la independencia del Sudán (las de Nimeiri y del dúo Bashir y al-Turabi) y del régimen de Mengistu Haile Mariam en Etiopía. Merece destacarse que estas crónicas histórico-políticas no recurren a la impostación tan típica de autores tan populares como Ryszard Kapuściński, quiénes pretenden haber vivido todos los eventos históricos dignos de ser contados, haber estado en cada golpe de estado, en cada revolución u proceso dramático. Aquí el autor no pretende tener el don de la

ubicuidad, ni conocerlo ni verlo todo; con la ayuda de vivencias propias y de otras vividas por amigos y conocidos, se limita a reflexionar sobre como las sociedades que lo han acogido van siendo modificadas a golpes, a menudo brutales, de historia.

Finalmente, de gran interés son las descripciones del trabajo arqueológico por parte de alguien que es, sin duda, uno de los mayores expertos en arqueología nilótica. El texto desvela aspectos clave de la metodología del autor, como es la preferencia por una arqueología que podríamos llamar holística, que esquivaba la tradicional –especialmente en la zona del Nilo– arqueología de elites y de tesoros funerarios para dar cabida al estudio del pasado de "la gente humilde" (pp. 34, 53-54, 84, 155). Otro aspecto importante es la utilización de dos métodos distintos aunque complementarios: por un lado el uso intensivo de métodos cuantitativos y estadísticos (que representaban ya el nodo central de un magnífico monográfico dedicado por el autor al "Blue Nile Project" en *Complutum* 2003; pp. 86-87, 113); por otro lado, la utilización de paradigmas interpretativos de raíz marxista, especialmente estimulantes para explicar fenómenos como las migraciones, el tamaño de los asentamientos y la movilidad de los patronos culturales (pp. 35-36, 86). En fin, el autor apuesta por una arqueología comprometida; ello se aprecia en el ya mencionado esfuerzo por elegir sitios de excavación "humildes", pero principalmente en entender la arqueología como un potente medio para ayudar a la

emancipación de las sociedades Africanas. Las páginas dedicadas a la fundación del museo de Benishángul-Gumuz en Assosa (pp. 123-29), muestran que el compromiso y el diálogo con los agentes locales rinde sus frutos.

A una obra así encontramos poco que achacarle. La etimología que propone de la palabra "Abbay" (Nilo Azul en Amharico y Geez), i.e. "padre" (p. 177), parece a todas luces inexacta ('abbay siendo la forma femenina de 'abiy, i.e. "grande", "importante", "anciano"). Asimismo, dado que se trata de un libro orientado al gran público, hubiera sido deseable un índice y quizá una bibliografía final comentada por el autor donde mostrara sus preferencias literarias y orientara al lector profano. Sin embargo, se trata de una obra cuidadosamente editada y bien presentada.

Los Años del Nilo es una obra destacable dentro de la reciente producción sobre África en lengua castellana. No es común hoy día encontrar libros que desde la honestidad, el conocimiento y el respeto, hablen de nuestros vecinos del sur. El trabajo de Víctor Fernández lo logra y además sin proyectar clichés tan al uso y que expresan el paternalismo y sentimientos de superioridad atávicos de nuestras sociedades. El suyo es un viaje apasionado, sincero y hondo por su propia profesión y por como ésta le ha llevado a conocer algunas de las tierras más bellas del continente Africano.

Por **Andreu Martínez d'Alòs-Moner**